

LA DEFENSA DE LA VIDA Y LA CULTURA DE LA MUERTE

Dr. José Rabadán Jiménez.

Profesor Titular de Cirugía y Académico de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid

El siglo XX se ha caracterizado por los innumerables progresos logrados por el hombre en el terreno científico. Ha sido el siglo de la gran revolución tecnológica que ha modificado sustancialmente, el terreno de las comunicaciones. También se ha caracterizado por los grandes avances en el diagnóstico y tratamiento de multitud de enfermedades.

Durante su transcurso se han desarrollado de una manera espectacular el trasplante de órganos, la cirugía cardíaca y la oncología, con todo lo que esto supone de avance clínico e investigador y de mejora de la calidad de vida. Al mismo tiempo ha sido el siglo donde el hombre ha llegado a la luna y se han puesto unas bases sólidas para la conquista del espacio.

Junto a todos estos logros, fruto de la inteligencia humana, también han brotado de la libertad del hombre, otros acontecimientos que han empañado en gran medida los éxitos alcanzados. El siglo pasado ha estado marcado, y de una enorme manera, por las dos guerras mundiales, por los múltiples conflictos internacionales y por infinidad de conflictos armados en diferentes partes del globo terrestre.

A todo esto hay que sumar los estragos cometidos, en el terreno de las ideas y en el progreso de la vida material de los pueblos, por las dos grandes filosofías totalitarias, el nazismo y el comunismo. Y sus consecuencias han sido tan intensas que están condicionando, en gran medida, los inicios del siglo XXI.

Con ser todo esto muy negativo y haber sido motivo de graves problemas para el desarrollo de los pueblos y de haber causado grandes sufrimientos a multitud de personas, particularmente estimo que el evento más pernicioso acaecido en el siglo pasado ha sido la aceptación social del aborto como un componente más de nuestra sociedad.

Desde hace más de veinte siglos, desde que Europa fue culturizada por la civilización cristiana, se ha avanzado mucho en la defensa de la persona y de su dignidad, de modo particular de los más débiles. En este contexto, el aborto siempre ha sido considerado un gran mal, que se cometía contra un inocente, y que además originaba nuevos sufrimientos.

Por el contrario, hoy es considerado por algunos como un método anticonceptivo más, y se quiere utilizar políticamente como mecanismo eugenésico para eliminar de la sociedad determinadas patologías.

Otros exigen su legalización como si se tratara de un “verdadero” derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo. De esta manera se pretende crear un derecho, producto de la ley humana, contrario a la Ley de la Naturaleza. Y al tiempo quieren ignorar que el feto y el embrión humanos también tienen derechos –nunca expectativa de derechos–, y que el primero de todos los derechos, porque sin él no existe ningún otro, es el derecho a la vida.

Todos estos planteamientos, que no tienen base científica alguna a pesar de que algunos hayan intentado defenderlos esgrimiendo falsas razones, han tenido y tienen una gran trascendencia para toda la sociedad. Y esta trascendente gravedad radica en el simple hecho de haberse llegado a una situación de desprecio absoluto hacia la vida del no nacido.

A no darle, o darle muy poca importancia al hecho, dramático y tremendo a la vez, de eliminar un feto humano, un niño, como si fuese una simple “cosa”.

Con verdadero dolor se oye decir en algunos programas televisivos: “¿Y por qué no te vas a quitar la barriga? Tienes que vivir la vida”. “Quitar la barriga” como si se tratase de un grano que ha salido en la espalda. “Y vivir la vida” quitándosela a otro.

Todos estos planteamientos, que se han saldado con un altísimo coste en vidas humanas, han conducido a desposeer al embrión y al feto de toda su dignidad.

Se pretende dar carta de normal ciudadanía al maltrato del débil de la manera más cruel, como es desposeyéndolo de sus derechos más elementales. Se intenta buscar un mundo feliz donde no existan personas dependientes, y para ello se las elimina brutalmente en el claustro materno, ¡precisamente en ese santuario donde naturalmente deberían estar más protegidas y seguras!

En definitiva se ha trivializado, como nunca hasta ahora había sucedido, el valor de la vida humana al tiempo que se ha mutilado de una manera considerable la dignidad de todo hombre.

Su Santidad el Papa Francisco, afirmaba el día 13 de Enero del presente año, en la recepción concedida al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede que “suscita horror sólo el pensar en los niños que no podrán ver nunca la luz, víctimas del aborto”.

El Instituto de Política Familiar indicaba que en España, desde el año 1985 en que fue aprobada por el gobierno González la primera ley de interrupción voluntaria del embarazo, hasta finales de 2012 se habían alcanzado la cifra de 1.693.366 abortos. Es decir en veintisiete años se han practicado en España ¡casi un millón setecientos mil abortos!

Y esta cifra de abortos es similar al conjunto de las poblaciones que habitan en estas tres Comunidades Autónomas, Navarra, Cantabria y La Rioja. Y que de continuar a este ritmo se estima que en el 2015 se superarán los 2,1 millones de abortos.

Independientemente de que la muerte de un solo inocente por sí misma constituye un gran mal para la sociedad, estas cifras tan abultadas están provocando una serie de efectos indeseables en todo el entramado social que son fácilmente constatables y que vamos brevemente a tratar de analizar.

El número de abortos que se produjeron en el año 2011 -118,359- es el equivalente a casi la mitad del déficit de natalidad que tiene España, que se sitúa en 280.000 nacimientos menos de los necesarios, para mantener un crecimiento demográfico equilibrado.

Cada día dejan de nacer en España por el aborto 324 niños, lo que equivale a que cada tres días desaparecería un colegio por falta de estudiantes.

Cada diez días se producen 3.240 abortos provocados. Y esta cifra supera ampliamente la mortalidad producida por los accidentes de tráfico en todo un año (la DGT comunicó que en el 2010 se produjeron 2,478 muertes en los diferentes accidentes producidos). Que el número de 3,420 abortos, también supera ampliamente el número de suicidios registrados (3,158 en el 2010).

Si a estas cifras le añadimos las que se están produciendo en el resto del mundo, y que reconocen su causa exclusivamente en el aborto provocado, el número de muertes ocasionadas es verdaderamente escalofriante.

Contra esta “cultura de muerte”, que se va extendiendo como una mancha de aceite por todo el mundo, debemos reaccionar contraponiendo la “cultura de la vida”.

Si queremos que nuestro mundo sea más humano, más justo y más bello, hemos de ser unos apasionados de la vida. No podemos resignarnos a qué, con la excusa de un falso progreso, pretendan construirnos un mundo donde la muerte de los inocentes sea cosa de ordinaria administración.

Hoy sabemos, con certeza científica, que existe vida humana desde el mismo momento de la fecundación, es decir que desde que se produce la unión del espermatozoide masculino con el óvulo femenino, surge una nueva vida.

Es una verdad científicamente constatable, que el embrión desde el primer momento de su concepción, es ya un hombre completo, con sus rasgos genéticos definidos y con identidad propia que lo convierte en un individuo único e irrepetible. Y que este embrión solo precisa del tiempo y del clima adecuado para que alcanzar su madurez.

El proclamar y defender esta verdad constituye un verdadero signo de progreso, al tiempo que certifica la coherencia mental propia del ser racional, que trata de resolver los problemas usando la inteligencia y poniendo esfuerzo. Por el contrario, en mi opinión, no es nada progresista pretender resolver los problemas eliminando una

vida humana pues, se mire como se mire, la muerte nunca ha sido un signo de progreso.

Y el extender la “cultura de la vida” es un empeño en el que todos debemos sentirnos comprometidos. No se trata solo de organizar campañas, ni de organizar “cruzadas” con banderas al viento. Basta con que cada uno de nosotros se convenza de que nos jugamos mucho en este envite. Y para eso es necesario que, en nuestro propio ambiente y a nuestro nivel, proclamemos con palabras y con obras la belleza de la vida, frente a los que quieren mostrarnos el feo rostro de la muerte.